

**Sermón Propio 21A**, Ezequiel 18:1-4, 25-32; Filipenses 2:1-13; San Mateo 21:23-32 *La Revda Paula M. Jackson, 28 septiembre 2008*

“Trabajen su salvación con temor y temblor.” Sin duda hay bastante temor y temblor para todos en estos días. Más grande del retumbo de guerra ha estado el sonido de la caída de la casa ilusoria del mercado. El artista Bono dijo esta semana, “Me asombra que los EEUU pueda descubrir 700 mil millones dólares para salvar el mercado, y todas las ocho naciones más ricas juntas no pueden encontrar 25 mil millones para salvar a 25,000 niños que mueren cada día por enfermedades evitables.”

Tenemos que preguntarnos, ¿para que tipo de salvación trabajamos? ¿Es que ciertos mil-millionarios no necesitan caer al estatus de meros multi-millionarios? ¿Sea aceptable si puedo salvar mi hogar y tú pierdes tuyo? ¿O que los que esperaban continuar hacerse más y más ricos puedan continuar, mientras los que nunca tuvieron tales esperanzas les hallen más pobres que nunca?

La salvación que trabajamos, la que Dios propone para nosotros, es siempre un asunto comunal. Nunca podemos decir, “Soy salvado,” cuando otros alrededor perecen y podríamos contribuir a su liberación. Salvación significa liberación, reconciliación, curación y integridad —nunca del individuo sólo pero en el contexto de la comunidad y la creación.

Cuando podemos entender qué quiere decir salvación, quizás podemos entender que pecado es: cortarse de la comunión —buscar lo que yo quiero, sin pensar en los niños del mundo, en las generaciones que vengan después, en mi prójimo, en mis compañeros, en la voluntad de Dios, en el bien común. Pero es la historia humana que todos nosotros, criaturas de la tierra, hemos agarrado al estatus de dios por nosotros, deseando hacernos más de nuestros hermanos y hermanas. San Pablo relata un himno de la Iglesia primitiva que cantó, “Jesús, formado como nosotros en el imagen de Dios, no agarró a igualdad con Dios, pero se vació, se rebajó, y se hizo obediente a Dios como un siervo a todos.”

El punto de esto es que *nosotros* en la Iglesia, vanguardia de la nueva vida y del nuevo mundo, “¡debemos tener entre nosotros los mismos sentimientos que estuvieron en Cristo Jesús!” Como nosotros, él trabajó su salvación con “temor y temblor.” No estuvo asegurado que su servir y obedecer tuviera un resultado para nosotros. Por eso, en la víspera de su traición a la muerte, Jesús pidió a sus amigos, que siempre siguieran compartiendo pan en su nombre, comiendo y bebiendo con pecadores y marginados, y recordándole a Dios.

¿Pero por qué proclamemos Jesús como señor, si no caminamos en su manera de vida? Si nos inclinamos hoy a su nombre, debe ser para servir unos a otros, buscando la salvación que incluya a todos los niños de Dios.

En esta semana de lucha “por rivalidad y vanagloria” el testimonio de la Iglesia a los gobiernos del mundo ha sido claro, por los pobres. “No busque nadie sus propios intereses, sino más bien preocúpese cada uno por los demás.” Es Dios que produce en nosotros tanto el querer y el actuar — sólo tenemos que decir “Sí” al imagen a Dios en cada uno de nosotros, “Sí” a la solidaridad con la familia humana y a nuestro ser como la creación de Dios.

**Sermon Proper 21A**, Ezekiel 18:1-4,25-32; Philippians 2:1-13; Matthew 21: 23-32 *The Rev. Paula M. Jackson, 28 September 2008*

“Work out your salvation with fear and trembling.” Doubtless there’s been enough fear and trembling for everyone these days. Greater than the rumbling of war has been the sound of the fall of the house of cards on Wall Street. The musician Bono said this week, “It’s extraordinary to me that the United States can find \$700 billion to save Wall Street and the entire G8 can’t find \$25 billion dollars to save 25,000 children who die every day from preventable diseases.”

We have to ask ourselves, for what kind of salvation are we working? Is it so that certain billionaires don’t have to get bumped to the status of mere multimillionaires? Will it be acceptable if I save my house but you lose yours? Or if those who expected to keep getting richer can continue to do so, while those who never had such hopes just find themselves poorer than ever?

The salvation which we’re working out, that which God proposes for us, is always a communal matter. We can never say, “I’m saved,” when others around us are perishing, to whose liberation we might contribute. Salvation means liberation, reconciliation, healing, integrity—never just for the individual but always in the context of the community and the whole creation.

When we can understand what salvation means, perhaps we can understand what sin is: it is to cut oneself off from communion—to seek what I want, without considering the children of the world, the generations coming after me, my neighbor, my companions, the will of God, the common good. But it is the story of the human race that all of us, creatures of the earth, have grasped at the status of gods for ourselves, desiring to make ourselves greater than our brothers and sisters. Saint Paul relates a hymn of the early Church which sang, “Jesus, formed like us in the image of God, did not grasp at equality with God, but emptied himself, humbled himself, and made himself obedient to God as a servant to all.”

The point of this is that we in the Church, forefront of the new life and of the new world, should “have among ourselves the same mind which was in Christ Jesus!” Like us, he worked out his salvation with “fear and trembling.” He was not assured that his serving and obedience would have an outcome for us. That’s the reason that, in the night before he was betrayed, Jesus asked his friends to continue always breaking bread in his name, eating and drinking with sinners and outcasts, and remembering him to God.

But why would we proclaim Jesus as Lord, if we would not walk in his manner of life? If we are here today to bow at his name, it must be in order to serve each other, seeking the salvation which includes all the children of God.

In this week of strife “for rivalry and conceit,” the witness of the Church to the governments of the world has been clear, for the poor. “Do not seek your own interests, but rather let each be concerned for the others.” It is God who produces in us both the desire and the working out — we have only to say “Yes” to the image of God in each one of us, “Yes” to solidarity with the human family and to our being, as the creation of God.